



LA QUEMA

Fragmento de *El país del diablo*

PERLA SUEZ

Ganadora del Premio Rómulo Gallegos 2020.

Ilustración *Fiofío chileno (Elaenia chilensis)*, Kevin Simón Mancera.

La niebla oculta algo a la distancia. Se escucha un tropel, relinchos de caballos. Suena un cuerno de carnero.

No hay tiempo. Los jinetes caen sobre la toldería avanzando en avalancha. Patas de caballos se entreveran con cacharros, rápido pisotean todo. La gente de los toldos corre inútilmente buscando salvarse del poder de los fusiles. Gritos. Voces metálicas. Polvo. Soldados de frontera ojerosos y sucios se echan sobre los indios como hienas. Manos, brazos abiertos reventando en una nube de fragmentos.

El vigía de la tribu salta sobre uno de los caballos enemigos esgrimiendo su lanza y tumba al soldado que lo monta, dejándolo empalado en el suelo. El triunfo es ínfimo. Las balas escapan en todas direcciones y enseguida una impacta en la espalda del indio.

Una mujer toma una olla de barro llena de grasa hirviendo y se defiende tirándose a la cara a un oficial. Sus hijos se esconden detrás de ella. Otro soldado le da un tiro en la frente y se encarga de que los niños no sobrevivan a su madre.

Una lanza silba atravesando el viento, pero su trayectoria se pierde en la batalla que está casi ganada.

Hay un indio con una chaqueta azul y un fusil en la mano. Dispara, y hay otro indio muerto.

La machi está parada fuera de su casa haciendo sonar el cultrúm, invoca a los espíritus. Al indio soldado le parece que la machi lo mira, aunque ella tenga la mirada perdida en un punto fijo. El indio está inquieto en medio de la matanza.

Un uniformado le golpea la cabeza con la culata a un viejo. El hombre se dobla, sangre resbala por sus mejillas. El agresor saca el seguro de su arma, aprieta el gatillo. El viejo sigue de rodillas. No hay balas. El soldado llama a otro que está cerca, éste le pasa unos cartuchos y no espera a que su compañero cargue.

Un disparo suena, y otro y otro y otro.

La machi tiene una herida de bala en un costado del torso y se desploma.

A media mañana ya arden los toldos. El fuego proyecta una luz intensa sobre la tierra seca. Bajo esa lumbre se recorta la sombra de una carreta en la que parte el grueso de la tropa, los hombres a caballo, las ovejas y las cautivas.

Entre el resuello de los animales y el golpear de los cascos, un hombre trata con todas sus fuerzas de respirar. Tiene una lanza atravesándole el pecho y las manos hinchadas por el dolor y el veneno. Lleva el uniforme del ejército y su cuerpo se agita en espasmos hasta que deja de moverse.

Hay otros cinco hombres a su alrededor.

El teniente observa la muerte del coronel dando pitadas a un pequeño cigarro. Deus, el fotógrafo, prepara placa tras placa con excitación. Ancatril, sentado, reza. Carranza limpia su fusil sin prestar atención a la escena. Rufino está aburrido.

El teniente apaga el cigarro bajo la punta de su bota,
Descanse en paz Ordóñez.

Se inclina sobre el coronel muerto, le cierra los párpados, desabrocha las medallas prendidas a su chaqueta y las prende a la suya.

Carranza mira de reojo al teniente,

Mierda, cómo pega el sol. En pocas horas este lugar va a apestar más que el matadero y ya es un hervidero de moscas.

Rufino ignora el comentario de Carranza,
¿Qué vamos a hacer con el cuerpo teniente?

Entiérrelo.

Rufino cava en la parte más blanda del terreno. Hurga entre las ropas de Ordóñez buscándole ese cuchillo con mango de plata y una piedra color granate, grabadas las iniciales *J.M.R.* El coronel siempre lo andaba ostentando y alardeaba de su valor incalculable, pero el muerto no lo tiene por ninguna parte. Alguien se lo llevó. El mismo cretino que ha olvidado llevarse el reloj de oro que Rufino guarda dentro del forro de su chaqueta.

El fotógrafo recorre el campo buscando a alguien que valga la pena fotografiar. Encuentra a la vieja machi, se detiene y la observa. Le llama la atención que los adornos sobre su pecho parezcan moverse acompasadamente. Aún respira.

El soldado que se llama Carranza se acerca, patea el cuerpo con su bota y desenfunda un cuchillo. El fotógrafo observa con fascinación,

Espera Carranza, voy a buscar mi equipo.

Deus trae el cajón con su máquina fotográfica. La prepara frente a la escena, coloca una placa y le da indicaciones al soldado,

Hágalo lentamente porque debo exponerla por algunos segundos.

El sargento se inclina y clava el cuchillo despacio en el pecho de la mujer, lo deja allí y se queda en pose sonriente hasta que el fotógrafo le dice que lo saque.

El indio vestido de azul observa desde unos metros de distancia, algunas lágrimas se disimulan con el sudor.

El teniente ve el cultrúm, está tirado cerca del cuerpo de la machi.

Esto merece ser pieza de museo, no es un tambor cualquiera, comenta.

Si no hubiesen sido tan carniceros, acusa a Deus y Carranza, hasta la vieja hubiese podido adornar el Museo de Ciencias Naturales y el Perito Moreno habría estado contento.

El teniente toma el tambor, lo sacude para sacar el polvo y lo hace sonar.

Suena lindo, dice y se lo lleva.

Lum ve en un sueño que el rehue está en llamas. Unos cuervos grises lo han incendiado con fuego que trajeron en sus picos. Todos en la toldería intentan apagarlo pero nadie logra acercarse a él. Alguna suerte de espíritu maligno lo impide. Niños, ancianos y jóvenes se arrodillan en una ronda alrededor del tótem que se está quemando. Los más pequeños lloran. De pronto, uno de los cuervos crece. Se transforma en una yegua flaca que galopa arrastrando un cadáver. Lum necesita verle la cara pero no alcanza y despierta.

Abre los ojos. Siente que algo le roza sobre la paja, ha vuelto en sí. Trata de salir de su sueño y ve tordos que revolotean sobre su cabeza. Intenta espantarlos, pero está débil y mareada. Gira sobre sí misma y vomita.

Después, se limpia la boca con la palma de la mano. Se levanta tambaleante, dolorida, y mira su cuerpo raspado. La paja está pegada en la piel fresca.

Lum bebe un trago de chicha de una vasija, aún en estado febril y toma el camino de vuelta a la toldería.

Ella piensa que una vez que regrese y cuente el resultado de su viaje iniciático, va a poder curar enfermos y guiar a los muertos. Se volverá indispensable y toda la gente que la vio rara, finalmente va a aceptarla. Ella demostrará lo que puede hacer y aunque le cueste un gran esfuerzo, piensa que lo va a lograr. Es cuestión de tiempo.

Camina despacio. Ve un huevo de avestruz que resalta en el verde. Lum se acerca y apenas lo agarra se da cuenta de que está cuarteado como la tierra seca.

Se le rompe entre los dedos.



Los soldados han hecho un fogón.

Carranza, vaya con Ancatril a carnear una yegua para comer.

Por qué tengo que ir yo con ése, replica el soldado.

Ancatril mira al teniente dando a entender que tampoco le gusta la compañía de Carranza.

Hasta esto tengo que escuchar. ¡Rufino, ayude a Ancatril a carnear una yegua así comemos de una vez!

Rufino y Ancatril enlazan un animal y lo atan a un árbol.

Lo amarran por las patas y una vez que lo dominan, lo tumban al suelo.

Con el cuchillo Ancatril le hace un tajo profundo en el vientre donde pasan las arterias, un chorro de sangre sale a borbotones. La yegua relincha y se da vuelta para morderlo. Entonces Rufino le sujeta la cabeza mientras el indio le ata la mandíbula con un lazo.

Ancatril aprieta con sus manos la herida para apurar el sangrado y que el animal muera más rápido.

Después viene el trabajo meticuloso de despellejarla y trozarla. Cuando terminan la faena, van al pozo de agua y se lavan.

Ancatril dice que hay que esperar un rato para que la carne esté tierna, pero Rufino lo apura.

El indio sala los trozos, los mete en una olla con agua y los hierve al fuego para hacer el puchero.

Corta la carne y murmura,

¡Oh!, chachai, vita uentru, reyne mapo, frenean votrey, fille, enteu, come que hiloto, come que ptoco, come que amaotu.

*Pavre laga inche, ¿Hito to elaemy? Tefa quinie vusa hilo, hiloto tu fiñay.*¹

Los hombres se sientan alrededor del brasero, miran el fuego como parte del silencio y comen. Mastican. Sorben la grasa. Desmedran el tuétano.

Después se quedan tumbados, ahítos, sacándose la carne que les ha quedado entre los dientes.

¹*¡Oh!, Padre / grande hombre rey de esta tierra / dame la gracia, querido amigo, todos los días / de buen sustento, de buen agua y de buen sueño. / Yo soy pobre / ¿Tienes hambre? / Toma una pobre comida / come si quieres.*

Ancatril se levanta para traer el mate, la mula lo espera cabeceando y él le palmea las ancas. Desata una bolsa de cuero llena de agua que la mula lleva cargada.

Los animales abrevan en un charco y los hombres también beben. El sol pega fuerte, aunque a lo lejos nubes de plomo se distinguen en el camino y el horizonte parece una cuerda tendida sobre el llano. Deus mide a zancadas el terreno y dibuja con lápiz sobre un plano.

El olor de los cuerpos quemados se mezcla con el olor del puchero.

El cardal se mueve con el viento que trae el norte. Los cuerpos puestos unos sobre otros forman pircas y tordos sin plumas picotean entre los huecos de un cuello o de un brazo caído. Las brasas crepitan. Una sabandija de las cortaderas se escabulle entre el matorral y el aire es cada vez más espeso.

Rufino hace gala de valiente y cuenta,

Estábamos preparados, con los fusiles listos esperando el ataque.

Los indios habían subido a la loma desde donde podían vernos bien. Se encontraron un pelotón a caballo que los esperaba sin hacer fuego todavía. Nos quedamos inmóviles, atentos a los salvajes que amagaban por un lado y por otro. Avanzaban a pie. Teníamos órdenes de no disparar hasta que fuera seguro el tiro. Los dejamos seguir hasta unos cincuenta pasos de donde estábamos, entonces descargamos nuestra artillería.

Los que avanzaban a pie retrocedieron procurando cubrirse entre ñires y espinillos. Los de a caballo rápidamente quemaron el campo, mientras las llamas crecían empujadas por el viento a favor y nos vimos obligados a cambiar de posición.

El fuego llegó a abrasar la cara y el cuerpo de algunos de los nuestros. Los indios aprovecharon para cargar de nuevo con las boleadoras. Sufrimos bajas. No voy a olvidar a un soldado que recibió la bola en el cráneo y cayó muerto como por un rayo. Me acuerdo que agarre el puñal con furia, y ahí nomás atrapé a uno y le busqué el corazón. El salvaje me miró con frío en las entrañas, era el capitanejo. No dudé, lo ensarté con la hoja y en ese momento una columna con refuerzos del fortín se entreveró en la batalla. Nuestros huracanes de acero los persiguieron, los acosaron y los sablearon. Sólo algunos huyeron.

Se está poniendo feo, dice Ancatril.

Es hora de irse.

El escuadrón avanza dejando atrás lo que era la toldería. Se dirigen hacia el oeste.

Tres caldenes centenarios sobreviven al fuego.

Lum levanta la cabeza, olfatea, hay un olor que le da náuseas. Mira al cielo y todo da vueltas a su alrededor.

Habla consigo misma diciendo cosas indescifrables. Da un paso y sigue dando un paso después del otro en zigzag hasta llegar al pie de lo que era la toldería. Ese campo que ahora está cubierto por una cáscara negra.

Lum camina entre los despojos de la masacre, se refriega los ojos.

Ngenechen, ¿eres el que pones estas imágenes delante de mis ojos? ¿Aún estoy soñando?

Le parece reconocer algunos rostros entre los cuerpos y un poco más adelante alcanza a ver el poncho de la machi. Al principio Lum se paraliza y cuando reacciona grita. Corre hasta llegar al lado de su maestra, se abraza a su cuerpo y llora.

Queda allí tendida sin fuerzas un rato largo. Con su cara apoyada en la mejilla de la machi se da cuenta de que hay algo que debe hacer.

Se pone de pie y dice,

Yo soy machi ahora, debo cumplir con el rito, debo guiar a los espíritus de los muertos. El cultrúm...

Lum busca el tambor por todos lados pero no está allí.

Vencida, cae de rodillas con las manos en el suelo. La mirada perdida en la

muerte. Se llena las manos de cenizas y se frota la cara para teñirse de gris. Es lo que hacen los chamanes para adquirir el resplandor de los espectros, para ser uno de ellos.

Diario de marcha, 25 de mayo, 1879

Recién empezamos el camino. Más de cien leguas nos separan de nuestra gran ciudad, Buenos Aires. Terminamos victoriosos. Reunimos un botín de cien indios y quinientos animales rescatados y también doce cautivas. El fusil rémington o “mataindios” como lo llaman los salvajes, es realmente un milagro de la mecánica. Gracias a él, pudimos tomar la toldería casi sin pérdidas ni mucho esfuerzo. Creo que es posible afirmar con confianza que la campaña del desierto está ganada.

Por precaución nos dividimos en tres grupos. El primero partió antes para asegurar la vanguardia; el grueso de la tropa salió luego con las cautivas, los prisioneros y animales. El nuestro, un puñado de hombres, parte ahora para cubrir la retaguardia. Estaremos llegando al fortín unas horas después que la tropa comandada por el Teniente Sanabria.

La pampa fue conquistada. El General podrá dormir tranquilo.

Tte. Marcial Obligado

Lum escucha un galope cerca de ella, una yegua está dando vueltas temerosa del humo que aún se desprende de los toldos quedamos. Ella chista y la yegua viene. La joven machi camina despacio hasta el animal y le acaricia el lomo.

Tu alma es vigorosa y yo tendré valor para seguir si te tengo conmigo. Te voy a convidar un trago de mi chicha, para que seamos fuertes.

Lum le da de beber acercando su cuero a la boca de la yegua. Luego la monta a pelo, mira por última vez la toldería quemada y parte. ■

Tomado de Perla Suez, *El país del diablo*.
Buenos Aires: Edhasa, 2015.

